

Relato Personal

Son las 5:00 AM desperté temprano pues no puedo dormir, debo de seguir adelante. Es domingo y como ya es costumbre debo de ir a la iglesia con mi hermano, el colegio nos obliga y también el asfixio social que se presentaba por esos tiempos, pues el decir que no sabías si creer o no en Dios era como un crimen y estaba prohibido y más si vives en una ciudad tan pequeña como es Potosí, pues era algo inmoral y cómo le dicen “cosas del diablo”.

Un día tranquilo y normal, en que me preparaba y debía usar a fuerzas un traje, una falda tan larga por debajo de las rodillas y un saco de color azul marino, una camisa blanca tan incomoda que hacía que te sintieras más asfixiado, unos calcetines blancos y unos zapatos negros. Era tan incomodo, pero a veces me preguntaba ¿No debería estar acostumbrada ya? llevo 11 años usando esto todos los lunes, domingos y ahora de lunes a domingo.

Ando cepillando mis dientes tranquila, perdida en mis pensamientos cuando escucho el tono de llamada del celular de mi padre, veo la hora, 8:35 AM la misa inicia a las 9:00 AM, debo apresurarme pensé, iba saliendo del baño y agarré mis cosas para salir corriendo, sin embargo, me detuvo el ambiente azulado y gris se había tornado en ese momento. ¿Qué pasó? Pregunté a mis padres, que se abrazaban y de sus mejillas caían gotas azules en las que se podía ver claramente el dolor. No me dijeron nada, solo que ya me fuera y mi hermano me sacó de la casa, una casa en la que al mirarla la veía azul y gris al mismo tiempo.

Al salir miraba al rededor y a mi hermano, con la esperanza de que me dijera lo que pasó, sin embargo, no hubo más que un silencio tan frío y de confusión. Al llegar la iglesia estuve intranquila, sin embargo, tratando de disimular esa intranquilidad que me mataba por dentro, al salir de la iglesia mi hermano recibió una llamada en la que le dieron una noticia, que a los pocos minutos me enteré y pensé. ¿Es una broma no? En ese momento creí que era una broma, pues era imposible para mí, a los pocos minutos se lo conté a mi amiga y le dije que no lo creía, que puede que sea una broma pesada de él y que todos se pusieron de acuerdo.

Ese día deberíamos estar en la casa de mi abuela temprano, pero decidimos irnos a pie, la mayor parte de regreso a casa era silencio con mi hermano, tampoco quería decir algo y no me salían las palabras para decirlas. Era increíble ver como las personas andaban normal, riendo, disfrutando su vida, mientras sentía que la mía se derrumbaba poco a poco, cada vez que quedaba menos para llegar a casa, una casa en la que se siente un aura gris, azulada y sombría unas diez cuadras antes de llegar, y pensaba- no quiero llegar, no quiero entrar. Pues si de fuera me veía bien y tranquila, dentro de todo había y siempre habrá una niña sensible, con miedo a lo que puede pasar, a quedarse sola...

Al entrar a esa casa comencé a temblar, no quería ver a mis familiares, pero tenía que afrontar la realidad, una realidad en la que no quería estar, en la que quería desaparecer.

Se escuchaban suspiros tristes y llantos de dolor, todos reunidos en la sala de espera, veía unas caras melancólicas que hacían que mi corazón se detuviera y que entendiera que eso no era una broma, esperando a que confirmaran la terrible noticia que me marcó.

Encontraron a mi primo muerto en su departamento en La Paz el 10 de junio de 2018; esa noticia me dejó en un hueco, que hasta hoy no puedo salir. Es increíble como el cerebro puede cambiar la perspectiva de la vida de la noche a la mañana y puede hacer que esta no cambie durante bastante tiempo.

Después del entierro debía ir a la escuela, más no quería. Al llegar muchos me preguntaron por él y cómo estaba, escuchar cada vez esas palabras hacían que mi corazón se hunda más y más, recuerdo las imágenes de amigos apoyándose, pero también de una que no entendía por lo que estaba pasando,

una amiga que se le salió decir el “¿Ya está muerto no? ¿Qué harás?” No podía comprender la poca empatía de algunas personas y el poco apoyo que se le puede dar a una y considerarse su amiga.

Después de eso comprendí que la vida no siempre será color de rosa, que todos sus problemas y a cada uno de ellos solo les interesa los suyos, que algunas personas solo fingen esa empatía para encajar en la sociedad, una sociedad en la que estabas forzado a mostrar tu mejor cara en días tristes y más en una ciudad tan pequeña pero tan pequeña que hacía que me sintiera ahogada, todos murmuraban, todos te veían, todos te conocían, una ciudad en la que si te vestías de manera extravagante eras un rarito y todos te veían y murmuraban y no disimulaban ni un poco, una sociedad en la que analizaban tu situación económica, marcas de tus prendas, autos y de qué o qué trabajan tu padres, una ciudad en la que mucha gente y muchas veces se alegraban de tus problemas.

Pasó dos años y me gradué, un año después me mudé a la ciudad donde se fue una parte de mí, desde que me mudé cambiaron muchas cosas y una de ellas es la manera en la que me siento libre, con la libertad de usar lo que me guste, hablar y ser incluida. Fue un giro a mi vida bastante bueno para mí, la manera en la que las personas se sienten es diferente, en la que todos están con sus problemas y no se ocupan de otros, la manera en la que disfrutan la vida.

Hay mi linda ciudad de Potosí, como extraño el asfixio que se sentía todos los días al ir a la escuela y no solo por el frío del clima, sino por lo frío que se sentía la ciudad y algunas personas que, si bien eran pocas, esas lograban crear una tormenta en mi en un día de clima tranquilo. Pero no todo era malo, siempre hay personas buenas y malas en el mundo, allá tengo amigos y familia y estoy muy agradecida de tenerlos, la manera en la que veo las cosas no es muy diferente a la de ellos y por eso puedo decir que estoy tranquila, cada uno tiene su perspectiva de vista muy diferente y eso está bien, ya lo comprendí.